

El pez en la tierra del dragón



Se abre una nueva era en las relaciones entre la Santa Sede y China



Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

Los que seguimos con cierto detenimiento los derroteros de la Iglesia Católica en China -así como las relaciones entre el régimen de Pekín y la Santa Sede- esperamos con ansiedad la publicación de la carta que el Santo Padre Benedicto XVI ha decidido dirigir a la comunidad católica de ese país asiático. Y es que este documento constituye el resultado de una esmeradísima labor diplomática tejida con paciencia tanto desde Roma como desde Pekín.

Si tenemos presente que el texto una semana antes a su publicación será entregado a la cancillería china para su revisión -y de ser necesario serán consensuados por ambas partes los posibles "puntos álgidos"-; así como que el siempre combativo cardenal Joseph Zen, arzobispo de Hong Kong, ha manifestado a la prensa que se impone la "mesura", nos damos cuenta de que algunas cosas han cambiado en el tortuoso camino de las relaciones entre la Santa Sede y el gobierno chino.

A la luz de lo leído entre líneas en los despachos cablegráficos se percibe una creciente dinámica de contactos bilaterales subterráneos, que se traducen en hechos que buscan evitar el surgimiento de roces significativos.

Esta intencionalidad manifiesta de "no confrontación" no quiere decir que se hayan superado al cien por ciento las diferencias, sino que se inicia un camino arriesgado y lleno de meandros orientado a satisfacer los intereses de ambas partes. Reviste gran importancia para la Santa Sede propiciar el restablecimiento de las relaciones políticas con China -rotas desde el año 1951- para de esta manera crear un clima mínimo de seguridad para los más de 10 millones de católicos chinos en medio de una sociedad socialista que ha sido excluyente para con ellos y que en ocasiones ha aplicado métodos de violencia extrema para sofocar "a los aliados de los enemigos occidentales"; igualmente intentará consolidar una integración entre la Asociación Patriótica -la cual ha sido un simulacro de Iglesia Católica nacional independiente de Roma creada por Mao Tse Tung en 1957- y la Iglesia Clandestina, fiel al Papa.

En el caso del gobierno Chino el ajuste de esta cuestión vendría en un momento de creciente estabilidad económica y política y posibilitaría en no poca medida el necesario afianzamiento de sus vínculos con Occidente.

Las posiciones respectivas en este delicado equilibrio de tensiones hacen que se concentre la Santa Sede en consolidar posiciones lenta, pero sólidamente.

A su vez el gobierno de Pekín busca por todos los medios defenderse de aquellos peligros que ellos consideran riesgosos, como los denominados "elementos desestabilizadores" que en su opinión estarían atentando contra la soberanía nacional.



Cardenal Joseph Zen, arzobispo de Hong Kong, importante defensor de la libertad religiosa en China.

El "efecto" Bertone

Desde su llegada a la Secretaría de Estado en el Vaticano el cardenal genovés Tarciso Bertone ha sabido incentivar con creatividad y astucia crecientes la dinámica de relaciones de la Santa Sede con la República

Popular China. Desde los años inmediatamente posteriores a caída del Muro de Berlín el restablecimiento de las relaciones diplomáticas ha estado en la mira de la diplomacia eclesial, pues existe conciencia en los corredores vaticanos de que la normalización de la vida de la comunidad católica china depende en buena medida del nivel de las relaciones políticas entre el Estado vaticano y el gobierno de Pekín. A partir de los últimos años del pontificado de Juan Pablo II, y sobre todo en el presente, se ha ido perfilando con mayor claridad una estrategia con vista a alcanzar ese objetivo.

Ciertos rasgos culturales propios de las naciones asiáticas, unidos a la manera en que se produjo la llegada de las potencias occidentales al continente, provocaron en estamentos del sistema político de estos países cierta predisposición desfavorable a la presencia de la Iglesia a lo largo de los dos últimos siglos, muchas veces vista como instrumento al servicio de potencias foráneas en busca de influencias en la región. A esta incomprensión de la naturaleza de la Iglesia debemos sumar la terrible reacción que provocó el triunfo de la Revolución China, de corte marxista-leninista, la cual le adjudicó al hecho religioso connotaciones negativas y con posterioridad implantó rígidos -y en ocasiones cruentos- patrones discriminatorios contra los creyentes desde variadas estructuras del entramado social.

Las cuestiones antes mencionadas, unidas a otras problemáticas específicas de la Iglesia en China, fueron tratadas en una reunión de alto nivel que tuvo lugar en la Santa Sede los días 19 y 20 enero de 2007, la cual estuvo presidida por el cardenal Bertone y a la que asistieron el cardenal Zen y representantes de diversos dicasterios vaticanos familiarizados con el "tema" chino. El corto comunicado oficial difundido al día siguiente de la cita por el padre Federico Lombardi SJ. en la Sala de Prensa, refleja claramente cierta movilidad en el discurso vaticano sobre asuntos chinos.

El cambio de percepción de la realidad católica china en la Santa Sede, la estabilidad macropolítica lograda por el Gigante Asiático y sus afanes hegemónicos en el siglo que comienza podrían constituir resortes que favorezcan en un futuro no lejano la normalización de la vida de la creciente comunidad católica en el país asiático.

El comunicado hace patente que "hoy la casi totalidad de los obispos y los sacerdotes está en comunión con el Sumo Pontífice", y además, hace énfasis en el "crecimiento numérico de la comunidad eclesial". La primera afirmación posee un peso capital, pues deslegitima casi tajantemente la manida versión de la totalidad de los medios de prensa occidentales que afirman que en China existen dos Iglesias *irreconciliables*: una fiel al Papa –compuesta por ocho millones de fieles que viven en comunidades clandestinas- y otra Iglesia controlada por el Partido Comunista –mediante la Asociación Patriótica- con dos millones de fieles. Además, al hacer esta afirmación, la Santa Sede revela la intención de tratar por todos los medios de afianzar los vínculos entre ambos sectores del catolicismo chino, y entre la Asociación Patriótica y la Santa Sede, sobre todo en lo tocante al nombramiento de obispos, y a la vez propiciar un camino de normalización canónica para reafirmar a los pastores sometidos al control del Partido en su fidelidad al Sucesor de Pedro, negada en apariencia, pero en muchísimos casos buscada por vías secretas y de espaldas al control oficial.

Nuevos retos, nuevas esperanzas

No debemos minimizar el terrible impacto que la persecución sistemática y la prisión de obispos, sacerdotes y fieles chinos causó en Juan Pablo II, quien por su experiencia personal quedó marcado por esas realidades, y cómo ello propició durante su pontificado la elaboración de una estrategia de relaciones con China basada en el "dolor", y en algunos puntos vinculada con la pastoral del Pontífice hacia Europa del Este. Esta cuestión -en medio de un escenario bipolar donde China se acoplaba, al menos en términos generales, junto al bloque del Este- añadió una complejidad especial que se tradujo en una gran desinformación en la Santa Sede sobre la vida de la Iglesia en China.

La nueva estrategia hacia el país asiático emprendida bajo el pontificado de Benedicto XVI y coordinada por el cardenal Bertone parece estar dotada de una dosis superior de realismo político, de un mayor conocimiento de la realidad de la Iglesia en ese enorme país y de una flexibilidad muy superior a la de los años de Juan Pablo II.

Entre los escollos a superar –comunidades abiertas y comunidades clandestinas, represión selectiva contra miembros de la Iglesia no oficial, el hecho de que la Santa Sede tenga relaciones diplomáticas al máximo nivel con Taiwán, etc.- nada parece más apremiante y delicado que lo concerniente a las designaciones episcopales. Bajo el principio de que toda elección episcopal –tanto para clandestinos como para los vinculados con el oficialismo- debe ser considerada legítima por la Santa Sede, se han ido obteniendo fórmulas con cierta efectividad. En el caso de los obispos de la Iglesia Patriótica – realmente el asunto que más problemas ha causado por la designación de obispos sin el *placet* papal y contra el derecho canónico- se ha regularizado la búsqueda de vías de comunicación clandestinas para que estos, antes de su ordenación, busquen la aprobación de la Sede Apostólica. Además, deben ser ordenados por obispos legítimos y posteriormente deben dar a conocer a sus comunidades su plena comunión con el Santo Padre.



Cardenal Tarciso Bertone, secretario de Estado de la Santa Sede, importante artífice de las actuales relaciones entre el Vaticano y China.

Estos son sucintamente algunos retos apremiantes de la realidad eclesial china sobre los cuales la Santa Sede busca incidir restableciendo el diálogo político con la gran nación asiática. Pero considero imprescindible no limitarnos sólo a tomar en cuenta los objetivos eclesiales, sino que irremediamente debemos posar la mirada sobre la realidad social china, el creciente repunte económico de la franja que mira al Pacífico y sus afanes de expansión hegemónica para el siglo XXI. Para la República Popular China sus itinerarios hegemónicos en Occidente pasan de modo ineludible por la recomposición de sus lazos con la Sede de Pedro.

Made in China

China es un país enorme que por sus propios medios ha logrado salir adelante. A partir de los años 80 experimentó una sostenida tasa de crecimiento económico que la llevó al finalizar el siglo XX a formar parte de las diez grandes economías mundiales, lo cual provocó que la mayoría de las proyecciones hechas hasta ese momento la ubicaran como la gran potencia económica del siglo XXI. Una vez consolidada como el centro económico y político de la región más dinámica y emergente del planeta, Asia, ha pasado China ahora a ganar peso político en el resto del mundo a marchas forzadas, extendiendo su influencia hacia Iberoamérica, Oceanía y África.

Su pragmatismo y su evidente incidencia internacional le han permitido aplicar una estrategia muy flexible de cambios internos para modificar políticas que, desde la perspectiva occidental, habían merecido objeciones. Además, para llegar a ocupar ese puesto al que aspira como superpotencia mundial, necesita paz y cohesión social en los próximos años. Es este último punto una de las motivaciones importantes que podría estar movilizándolo a las autoridades de Pekín a regularizar sus relaciones con la Santa Sede para resolver dos problemas importantes de una vez: la solución de un legendario conflicto interno con amplias resonancias internacionales, y por transitividad, la desaparición de los medios de comunicación del mundo occidental de las constantes denuncias a la represión selectiva contra obispos, sacerdotes, seminaristas y laicos.

Este reajuste en las estrategias diplomáticas de ambas partes no constituye un hecho insólito, pues es el producto de una conjugación de factores epocales que lo potencian. El cambio de percepción de la realidad católica china en la Santa Sede, la estabilidad macropolítica lograda por el Gigante Asiático y sus afanes hegemónicos en el siglo que comienza podrían constituir resortes que favorezcan en un futuro no lejano la normalización de la vida de la creciente comunidad católica en el país asiático. Si bien nadie duda que el camino iniciado es largo y está lleno de escollos, los primeros pasos dados apuntan en buena dirección y parece ser que el conteo regresivo para el traslado de la Nunciatura Apostólica de Taiwán a Pekín ha comenzado.

Bibliografía

Notas sobre el Informe Preliminar sobre China del Proyecto Global Trends 2020 del Centro de Estudios Estratégicos, Washington DC. Revista Newsweek, 2006. Valente, Gianni. El Largo camino y los contratiempos. En: Revista 30Días, febrero, año 2007. Roma.